

MATTEO RICCI Y LA MISIÓN JESUITA

LA PROGRESIÓN DE MATTEO RICCI EN CHINA

Entonces, la misión de China ya había comenzado. Valignano, que no confiaba en los jesuitas portugueses que ya se encontraban en Macao, le había pedido al italiano Michele Ruggieri venir a Macao y estudiar chino durante el viaje, no el dialecto cantonés sino el mandarín, que era el que usaba los funcionarios. Su habilidad para hablar con ellos en su propia lengua le sirvió bien a Ruggieri, y su afirmación de querer convertirse en el vasallo del rey de China le proporcionó el permiso de entrar en China y le consiguió una residencia en Zhaoqíng, una gran ciudad del sur, a donde Matteo Ricci llegó un año más tarde, en 1583. De hecho, la casa se encontraba en el patio trasero de un templo, y dicha proximidad hizo que los mandarines que atendían el templo para fines ceremoniales fueran a visitar a los raros extranjeros y echaran un vistazo a los objetos curiosos que estaban expuestos, como el mapamundi, los relojes o los prismas de cristal.

Matteo Ricci era un académico destacado y un misionero ferviente que establecía contactos continuamente. Llegó a China con la firme creencia de que, si convencía a los chinos de la superioridad de la cultura europea, también sería capaz de convencerlos de la superioridad del cristianismo, algo que suponía cultivar los contactos con las élites chinas, donde podía encontrar hombres con un conocimiento suficiente para discutir con él. Para entrar en sus círculos, Ricci tuvo que adoptar sus costumbres, es decir, tuvo que hablar, vestirse y comer igual que ellos. La lengua era esencial, porque los académicos utilizaban un registro bastante diferente del de la gente común. Por eso, Valignano había insistido en la necesidad de aprender el mandarín y no los dialectos locales.

La manera de vestirse era otro tema importante. Los jesuitas no llevaban unos hábitos distintivos y su primer impulso fue vestirse como los sacerdotes chinos; así que se afeitaron las cabezas y las barbas, y se vistieron con los hábitos de los monjes budistas. A Ricci le tomó una década darse cuenta de que el atuendo budista no era para nada prestigioso. En la década de 1590, los jesuitas se deshicieron de los hábitos budistas y adoptaron los trajes de los académicos que se convertirían en los suyos a partir de entonces. Las túnicas oscuras, las mangas

acampanadas, así como tener las cabezas cubiertas y las barbas largas les proporcionaba la respetabilidad que tanto deseaban.

En cuanto a la comida, Ricci descubrió pronto que, en China, todo, incluso la religión, se discutía en torno a una mesa, lo que le llevó a un sinfín de cenas, a veces 2 o 3 en un mismo día. A menudo se queja del hecho de que comer y beber continuamente, al igual que las discusiones interminables que les acompañaba, era agotador y se prolongaba tanto que ni siquiera tenía tiempo para rezar. Todas estas adaptaciones a las costumbres locales le permitió a Ricci entablar amistad con los funcionarios destacados del reino, y unos pocos de ellos se convirtieron. El más importante fue Xu Guangqi, que era un académico destacado, un amigo leal y un funcionario muy influyente. Pero esto no resolvió el problema.

En primer lugar, China no era lo mismo que Japón, así que no hubo ninguna multitud de bautismos después de la conversión al cristianismo de cualquier académico prominente. De hecho, para la consternación de sus superiores, el número de conversos era alarmantemente pequeño. Hasta la década de 1590, podían contar sólo 15 al año, y la mayoría de ellos eran ancianos y enfermos.

En 1601, ya en Beijing y contando con 17 sacerdotes en China, el número de los conversos aumentó a 150 al año. Se trataba de una cosecha escasa y así se mantendría hasta mediados del siglo XVII. A Ricci se le recordó más de una vez que no se encontraba ahí para ganarse amigos sino, conversos. En segundo lugar, a los funcionarios chinos se les reemplazaba constantemente y así, tenía que volver a establecer contactos con los recién llegados.

Los jesuitas también se trasladaron desde Zhaoqing, en el sur, hasta Nanchang, en el centro, y después a Nanjing, en el río Yangtsé, pero Ricci estaba convencido de que, para asegurar el éxito de su misión, tenía que llegar al poder supremo, es decir, a la corte y al emperador.

Ricci necesitó casi 20 años para recorrer todo el camino hacia el norte, a Beijing, donde consiguió establecer una misión jesuita. Murió ahí y fue enterrado en 1610, fue un hombre de gran prestigio y digno de un epitafio del mismo emperador, como era habitual para los embajadores extranjeros. Su tumba todavía existe en un cementerio pequeño y aislado en Beijing.